

R.43948

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

DISCURSOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.



MADRID
IMPRIMERIA NACIONAL
1880

ADVERTENCIA.

La recepcion de los individuos de número de la Real Academia Española, que ántes de 1847 era un acto privado, se celebra desde aquella época en sesion pública, leyendo el nuevo Académico un discurso, al cual contesta con otro el Director, ó un miembro de la Corporacion comisionado al efecto. De tales discursos y contestaciones se compone la presente coleccion, que irá continuándose indefnidamente.

De los discursos anteriores á la época citada, se escogerán así mismo aquellos que por el interes del asunto y la manera de tratarle, parezcan más dignos de la atencion del público, para incluirlos en otra coleccion que, con el título de «Memorias de la Real Academia Española» se dará á luz más adelante.

Al fin de cada volúmen se pone un índice de materias, con el objeto de facilitar su estudio.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON JOSÉ CAVEDA.

SEÑORES: Poseído de reconocimiento y respeto, y con más confianza en la indulgencia de la Real Academia Española que en mis escasos merecimientos, vengo á ofrecerle un corazón penetrado de sus bondades; el sincero deseo de merecerlas; aquella noble emulacion que sólo mide los obstáculos por la gloria de vencerlos. Bien sé que tan corta ofrenda, ni corresponde á la grandeza de quien se digna aceptarla, ni á la honrosa distincion con que se propone alentar mi natural desconfianza, al concederme generosamente el lugar que hoy ocupo entre los ilustrados guardadores de los tesoros de nuestra lengua. Mas, por fortuna, no en vano se dispensan la proteccion y el favor á los amigos de las letras cuando saben sentir y agradecer; que adonde no llega muchas veces la superioridad del genio, alcanzan á menudo la propia honra, el empeño de acreditarla, y la aficion halagada por la solitud y los consejos de los que sábiamente la conducen á su objeto.

Y hé aquí cómo á pesar de las encontradas emociones que me agitan en este momento, y aún reconocida toda la pequeñez de los propios recursos, me siento animado por aquella confianza que inspira siempre la ilustrada bondad de la Academia.

Pero á esta influencia moral se allega todavía la que ejerce sobre mi ánimo la grata memoria del ilustre Académico á quien tengo la honra de suceder. Sí, Señores, los ejemplos del Excmo. Sr. Duque de Frias son para mí una enseñanza y un estímulo. Cuanto nos rodea recuerda el cultivado talento que consagró al esplendor de la Academia y al buen nombre de su patria. Más distinguido todavía y digno de loa como literato, que como Grande de España; primero célebre por los tiernos acentos de su Musa y los arranques de su elocuencia, que por los blasones de una cuna mecida entre laureles, ha demostrado que no son sólo los títulos heredados el verdadero origen de su merecida nombradía. Diéronsele cumplida su genio poético, sus escritos literarios, aquella filosofía con que supo hermanar los altos deberes de su clase con la proteccion dispensada á las letras. Que en medio del fausto y de los favores de la fortuna, allí donde el ánimo se cansa y hastía, y donde lánguido y desfallecido se adormece en la molicie, columbra y alcanza la prez de cultivarlas, y sigue las huellas de aquellos ilustres discípulos de Marineo Sículo, los primeros en conceder á la nobleza española otro linaje de gloria que la de los campos de batalla, y otro solaz que el de romper lanzas en Órbigo, ó sostener divisas y motes y nombres adorados en la próspera y adversa fortuna de los estrepitosos encuentros de la Tela.

El Duque de Frias, cediendo á las tendencias del siglo, al buscar la verdadera grandeza en la elevacion del ánimo, en los conocimientos humanos, que le ennoblecen y sostienen contra los embates de la adversidad, contra las sugestiones del orgullo, contra los falsos halagos del poder desvanecido y ciego, llama en su auxilio las enseñanzas de la historia, y la Academia consagrada á esclarecerla le abre sus puertas: cede al entusiasmo de Leon y de Herrera, canta en su lira las glorias de la patria, las emociones más tiernas del corazon, y este Cuerpo literario

le recibe en su seno. La poesía, la historia, los encantos de la inspiración, el exámen severo, y el juicio imparcial de las pasadas edades, fijan irrevocablemente su vocación y su destino. Y esta vocación y este destino, Señores, justificados por el resultado, dirigidos por el santo propósito de mejorar la condición de los hombres, de hermanar la sensibilidad y el recreo del ánimo con la virtud austera de la filosofía, y la ciencia de los hechos con las dulces ilusiones del sentimiento, vienen á determinar el asunto en que voy á ocuparme. No es mia la elección. Porque sucediendo al amigo de la poesía y de la historia, creo tributarle una ofrenda digna de su nombre, si someto al exámen de la Academia un objeto que él mismo elegiría con los títulos en la mano, de Académico de la lengua, y Académico de la historia. Por eso me propongo considerar la poesía castellana como elemento de la historia; ver cómo la verdad brotó muchas veces de la fábula; cómo fueron las realidades auxiliadas por las ficciones; cómo los cantos del entusiasmo público, al ensalzar la virtud, ó escarnecer el vicio en épocas muy apartadas de la nuestra, resonaron en la posteridad, encontrando eco en las páginas de la historia para salvar del olvido y de la oscuridad esparcida por los siglos, la vida de los gobiernos y de los pueblos.

Buscar sólo en la poesía la inspiración, el sentimiento y los sonidos armónicos, aquel grato embeleso que seduce y fascina, es despojarla de una parte de su verdadero mérito. Quedará entónces satisfecha la fantasía, cautivado el ánimo, halagado el oído; pero el espíritu de investigación y de exámen no verá en ella la sociedad que la produjo; sus caracteres distintivos; los progresos ó la decadencia de su civilización y cultura; los eminentes varones que la honraron, ó los seres envilecidos, objeto de su execración y de sus odios. Hoy la crítica y el corazón se interesan igualmente, si bien con distintos fines, en el

análisis de esos cantos populares, donde no el arte, sino la naturaleza, no la razón cultivada, sino el sentimiento abandonado á sus propios instintos, confían á la rima y la armonía la expresión del entusiasmo público, y la memoria de los hombres y de los acontecimientos, que transmiten á la posteridad de generación en generación, como un testimonio solemne de aquella nacionalidad ingenua y sencilla, pero robusta y enérgica, que respira en sus imágenes, y da vida y movimiento á sus variadas descripciones.

Y no se exija á la historia esa noble tarea que la poesía desempeña en la infancia de las sociedades; porque no existen entónces el arte, ni el estudio y las investigaciones de la crítica, que dirigen el exámen de los hechos, y enseñan á juzgarlos cuando más estable y robusta la existencia de los pueblos, fijada la lengua y cultivado su espíritu, sucede la reflexión al entusiasmo, y el raciocinio al sentimiento. Así es como la poesía, hija de la naturaleza, precede á la historia producida por el arte. Homero ensalza en su Iliada los héroes de la Grecia ántes que Herodoto la describa en su historia: primero se conmueve Aténas con los cantos guerreros de Tirteo, que conceda atento oído á las narraciones clásicas de Tucídides. ¿Y por qué extrañarlo? Luchando la historia con las tinieblas de los siglos, con las falsas apreciaciones de la opinión, con las distancias, y el olvido y la incuria de los hombres, busca entre las ruinas de un mundo que no existe, el origen y las vicisitudes y la disolución de los imperios; la creación de otros nuevos formados de sus despojos; el hacinamiento y la mezcla y la desaparición de las razas, que sólo dejaron en pos de sí vagos é inciertos recuerdos y los sangrientos y mutilados restos de su ignorada existencia.

No así la poesía: invoque á la naturaleza presente en todas partes, inmutable como su autor, siempre jóven y seductora, y

encontrará á la vez la inspiracion y el oráculo. Por eso el lenguaje del hombre desde la infancia misma de la sociedad, fué un himno de gratitud á su Hacedor. Le bastó contemplar el universo, extasiarse en la infinita variedad de sus prodigios, para que el grito de la admiracion y de la sorpresa se convirtiese en el primer canto de la poesía. Porque allí están sus perennes manantiales, donde existen la lobreguez misteriosa de los bosques; la luz brillante y pura que el sol derrama sobre las florestas; el silencio y la dulce melancolía de la noche con sus ilusiones y sus sombras; la suave languidez de la aurora, amiga del rocío, de las auras y de las flores; el bramido de las tormentas que estremecen el cielo y los mares, y angustian y sacuden la tierra amedrentada.

Pero el poeta, inspirado por las angustas escenas de una naturaleza que bendice y no comprende, al desarrollarse las nacionalidades, que brotan de la desmembracion y las ruinas del antiguo imperio de Occidente, como se desprende de la luz del seno mismo de las tempestades, encuentra en el amor de una nueva patria, en su libertad é independenciam, en la grandeza de sus héroes y sus empresas, en el carácter del individuo y de las instituciones, en las creencias y los triunfos de una religion consoladora, el objeto y la delicia de sus cantos. ¿Y cómo no entonarlos, cuando los reclaman á la vez el solaz de los castillos feudales, la pompa marcial de los torneos, la gloria de los combates, el augusto aparato de las solemnidades religiosas, y el espíritu caballeresco con su bravura y su galantería, sus proezas y sus amores? El vate que aprecia estos elementos de la vida de los pueblos en la edad media, siente más que reflexiona: rudo y sencillo como su siglo, como él enérgico y desdeñoso, maneja un idioma indócil todavía á las armonías del canto, al vuelo atrevido de la inspiracion; y más independiente que ilustrado, se dirige, no por el arte que des-

conoce, sino por la sencillez de las costumbres públicas; no por los modelos de la antigüedad, perdidos con su cultura, sino por el genio y las tendencias de sus contemporáneos.

Al consultarlas describe simplemente los sucesos que presencia, ó acomoda á sus metros las tradiciones populares y las creencias de su siglo. No inventa; narra los hechos en un orden cronológico y ajeno de artificio.

Así es cómo la verdad histórica, tal cual la reconocen entónces los pueblos, y el poeta la siente y aprecia, constituye el fundamento de esa candorosa poesía apénas sujeta al metro y á la rima. Y no era ciertamente necesaria la ficcion, cuando la grandeza misma de los acontecimientos rivalizaba con ella en interés y novedad, y cuando por otra parte un pueblo enérgico y fiero, pero inocente y crédulo, se solazaba al escuchar del soldado la relacion de sus propias hazañas, ó del austero cenobita los prodigios de una leyenda misteriosa. La poesía encontraba entónces un fecundo manantial en la imaginacion y las creencias de la muchedumbre: nacia espontáneamente del estado social y de las disposiciones morales de los pueblos. El poeta no era más que su intérprete; el eco fiel del entusiasmo, que los arrastraba á creer y exagerar. Afectados por el espectáculo de los grandes sucesos y de los grandes hombres que los deslumbraban con su esplendor, sin pretenderlo, confundieron más de una vez la verdad con la ficcion, salvando la distancia que las separa, y pareciéndoles natural lo maravilloso, cuando tan cerca se hallaba de la realidad misma. Pero esta fué siempre la base de sus peregrinas invenciones. La buscaron en el brillo y magnificencia del imperio de Carlomagno; en el carácter personal de este esclarecido Príncipe; en la guerra fratricida de los Albigenses, que ahogó en sangre la Musa tranquila de los trovadores del Mediodía de la Francia; en las gigantescas empresas de las cruzadas con su heroismo y su popularidad; en

las expediciones atrevidas de los Normandos, y sus rápidas conquistas; en la institucion eminentemente civilizadora y poética de la Caballería, símbolo de la edad media, y origen fecundo de muchas de sus glorias.

Pero si tales son las fuentes y el carácter general de la poesía popular en las naciones de Occidente, tan pronto como el idioma, aún desaliñado y menesteroso, se brinda toscamente á sus inspiraciones, todavía en los pueblos cristianos de la Península Ibérica concurren por el mismo tiempo circunstancias especiales, y poderosas causas á desarrollarla, y confiarle la memoria de los grandes sucesos que cambian entónces los destinos de la patria.

Después de la conquista de Toledo por D. Alonso VI, á fines del siglo XI, una série de triunfos memorables anuncia que la lucha comenzada con gloria en Covadonga terminará felizmente en los muros de Granada. Los estados de Aragon y Castilla reciben de la cultura de los árabes conocimientos útiles, inventos peregrinos, artes é industrias que se aumentan y fructifican más tarde. Al amparo de las carta-pueblas y de los fueros municipales, adquieren las villas y ciudades una existencia independiente, representacion, influencia y riqueza: se robustece el trono: son ménos frecuentes los alzamientos y convulsiones de la anarquía: lleva más léjos la victoria los aldaños de la patria, ántes mal seguros y de continuo disputados por vencedores y vencidos; y los pueblos de lo interior, armados hasta allí para la propia defensa, pueden ahora entregarse con alguna seguridad á las tareas pacíficas de la agricultura y de la industria. Su idioma, lentamente apartado de su origen pero recordándole con orgullo, es ya distinto del latino. Y no consiste sólo la diferencia, al empezar el siglo XII, en la introduccion de nuevas voces, en que se hayan alterado muchas de las antiguas, sino tambien en la particular estructura de las pa-

labras y de las frases; en la supresion de la voz pasiva de los verbos; en los nombres indeclinables, en el uso de los afijos sencillos y dobles; en la adopcion de giros y modismos árabes; en aquella índole particular que pone á tanta distancia del idioma del Lacio la lengua vulgar de Castilla.

Para emplearla, ¿qué formas adoptará la poesía nacional? Las más sencillas y populares: las más conformes á la soltura y energía de la frase castellana, y á la fácil entonacion de las narraciones: las del romance octosílabo. Venga este en buen hora de los árabes, como quieren unos: sea, como pretenden otros, la produccion espontánea del génio nacional auxiliada por la índole misma de la lengua, y admitida por el favor del público, es lo cierto que de una estructura métrica en extremo desembarazada y natural, á propósito para las descripciones históricas, debió satisfacer desde luego una necesidad de los pueblos: la de expresar las inspiraciones de su lealtad caballeresca, de su respeto al trono, de su espíritu eminentemente religioso, de su valor y constancia. Suelto y enérgico, dócil á la composicion, escapado de los labios del poeta con la misma espontaneidad que se exhala el perfume de las flores, lleva consigo el sello de la originalidad, concuerda admirablemente con el carácter de la época, y recibe su carta de naturaleza de la lealtad castellana, del misticismo religioso, del entusiasmo guerrero, y del respeto y el apoyo concedidos á la beldad inocente y desvalida.

Una aquiescencia universal, una especie de instinto patriótico le confian la memoria de los merecimientos y los timbres de la nacion, y los altos hechos y el heroismo de sus hijos predilectos. Nacido por ventura en los campos de batalla, allí cantado entre los trofeos y los estragos del triunfo por el mismo guerrero á cuyo valor se consagra, acrecienta despues el esparcimiento y alborozo del castillo feudal y del palacio de los

Reyes, ó ceba en las plazas públicas la impaciente curiosidad de la multitud extasiada y silenciosa en torno del poeta. Que no recordará jamás sin las lágrimas en los ojos y el patriotismo en el corazón, las torpezas de Rodrigo y las afrentas de la Cava, la tierna solicitud y el amor filial y el valor heroico del hijo del conde de Saldaña; el trágico destino de los Infantes de Lara, las nobles acciones de Fernan Gonzalez; la indómita pujanza, y el intrépido denuedo, y la lealtad severa del primer adalid y del más cumplido caballero de Castilla, Ruy Diaz de Vivar; las dolientes querellas de Inés de Castro; los malogrados afectos de Blanca de Borbon, llorada por inocente y por hermosa; los prodigios de la batalla de Clavijo y los milagrosos laureles de las Navas.

Fué, pues, el romance, la crónica de la muchedumbre; el primer eco de aquel entusiasmo popular y guerrero, que manteniendo vivo el encono de Aragon y Castilla contra los enemigos del nombre cristiano, produjo ocho siglos de combates y de victorias. No pudo ocultarse esta verdad al buen sentido de Argote de Molina, cuando reconoció que en esa antigua poesía castellana se halla verdaderamente perpetuada la historia de los pasados tiempos. ¿Y en qué otra parte se encontraba la de Castilla hasta mediados del siglo XIII? Porque difícilmente se concederá su nombre á los breves y descarnados cronicones del monje de Albelda y de D. Alonso III, no más extensos y variados que una simple cronología, ni la merecerán tampoco los del Silense y de Sampiro, del Obispo de Tuy y del Arzobispo D. Rodrigo, donde si hay en realidad ménos aridez y más detenimiento, y se traslucen ya vestigios de las creencias populares conservadas en los Cantares de Gesta, grandes son también los vacíos, escasos los hechos, é incompletas las narraciones.

A un Monarca tan ilustrado como D. Alonso X, mal com-

prendido porque fué superior á su siglo, desgraciado porque se propuso mejorarle, correspondia esclarecer los hechos memorables de su patria; reunir los esparcidos materiales que los comprueban; darles unidad y enlace; formar de todos ellos un conjunto, cuya variedad y grandeza, cautivando la atencion, hiciesen innecesarias las leyendas y relaciones históricas de sus antecesores. La Crónica general de España es el insigne monumento que erigió á las glorias de la nacion, cuando podia decirse que se hallaban confiadas á las tradiciones orales y al patriotismo de los pueblos. Si no realzan esta obra literaria una crítica severa, un plan bien ordenado y la generalidad de las miras, todavía con sus aciertos y sus errores, y la mezcla singular de la fábula y de la historia, del espíritu caballeresco y de la crédula aficion á todo lo maravilloso, nos ofrece la fiel pintura de la época, y da cumplida idea de su carácter y sus costumbres. Ningún otro libro, por ventura, retrata de una manera más pintoresca y exacta la España de la edad media. La ficcion descubre en él la realidad.

Entre los materiales acopiados por el Monarca castellano para formarle, no se cuentan sólo los cronicones que le precedieron, y las obras de los escritores romanos, godos y árabes de que entónces se tenia noticia: son igualmente consultados y seguidos los Cantares de Gesta, como depositarios de muchos acontecimientos cuya memoria no se encontraba en otra parte. Cuando el autor no lo confesase así al referir los hechos de Carlomagno y Bernardo del Carpio, aparecerian las pruebas de esta verdad en la prosa pintoresca y las singulares narraciones y el sabor caballeresco y los diálogos poéticos de toda la tercera parte y grandes trozos de la cuarta. La bella historia de los Infantes de Lara, pasajes enteros de la del Cid y de Bernardo del Carpio, son verdadera poesía de un carácter antiguo: fragmentos, sin duda, de fablas y romances populares entónces co-

nocidos, que sólo perdieron la rima y la medida al acomodarse á la narracion histórica de la Crónica. Citaré como testimonio de esas transformaciones, entre otros mil ejemplos, el llanto de España despues de vencida por los árabes. «Fincara toda la »tierra (dice la Crónica) vacía del pueblo, bañada de lágrimas, »complida de apellido, huésped de los extraños; engañada de »los vecinos, desamparada de los moradores, viuda y asolada »de los sus fijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por »llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, »menguada de conorte, asolada de los suyos....Olvidados le son »los sus cantares, el so lenguaje ya tornado es en ajeno é en »palabra extraña.»

¿De qué otra manera los acentos poéticos del trovador, recordarian á Toledo en el momento de la reconquista, y al comparar su presente ventura con sus quebrantos pasados, los males que derramaran sobre la patria el afeminamiento y corrupcion del último Monarca de los Godos?

Los rasgos del romance son todavía más frecuentes en la Crónica del Cid, escrita muy probablemente primero que la general de D. Alonso X. Nuestro digno académico, el Excmo. Señor Marqués de Pidal, los pone de manifiesto en su excelente discurso preliminar al Cancionero de Baena. Contrayéndose al cerco de Zamora y al juramento prestado por Alonso VI en manos del Cid, sólo con agregar ó suprimir un corto número de palabras, convierte la prosa de esta parte de la Crónica en verdaderos versos romancescos: medio sin duda empleado anteriormente por el cronista, para ajustar á sus narraciones históricas los antiguos cantares relativos al mismo objeto. ¿Y qué otra cosa es el poema del Cid, ésta sencilla y venerable inspiracion de la Musa castellana en el siglo XII, la más antigua que ha llegado hasta nosotros, sino una crónica rimada, la historia del héroe castellano escrita en versos alejandrinos, pero con la

llaneza simpática y el noble candor de los cronistas anteriores al siglo XIV? El orden cronológico en la narracion de los hechos, la falta de artificio en la estructura del conjunto, la sinceridad genial de la época, la economía de los ornatos, la sencillez de las descripciones, el corto número de los detalles, todo la aproxima á la historia. Un conjunto de los Cantares de Gesta es tambien la Crónica del Rey D. Rodrigo, llena de todas las creencias de su tiempo, y plagada de fábulas. Tanto se acercan estas obras literarias á los antiguos romances, y tan íntimo aparece el parentesco de unas y otras composiciones.

Y esta natural alianza, que así las estrecha, viene ya de muy antiguo. El Arzobispo D. Rodrigo, áun cuando se propone aparecer severo, y desterrar de la historia las ficciones, todavía da cabida en su obra de *Rebus hispanis* á muchas que son objeto de la fabla y los decires y los Cantares de Gesta. Si con detenimiento se examinase el cronicón del Tudense, en sus páginas se descubrirían tambien indicios ciertos de las creencias populares tomadas de los romances que las trasmitian de generacion en generacion, más ó ménos bien conservadas.

Que en ellas se encuentre un fondo de verdad, un hecho que originariamente les haya servido de fundamento, puede tenerse por cierto despues de las escrupulosas y detenidas investigaciones, con que la filosofía y la crítica de nuestros dias esclarecieron la historia. La credulidad del vulgo, la imaginacion y licencia del poeta, las alteraciones de la tradicion oral, segun el cambio sucesivo de las ideas y las opiniones, y el transcurso de los tiempos, allegaron sin duda la ficcion á los hechos históricos, revistiéndolos de circunstancias y pormenores, puro engendro del entusiasmo popular ó de la fantasía poética de los juglares. Pero desde luego se echa de ver que en estas invenciones hay por lo general rasgos característicos, descripciones felices en que respira el genio de la edad media, y más á pro-

pósito para retratarla, que la árida y estéril exactitud de aquellos descarnados cronicones, fria y descoloridamente veraces, donde á menudo se encuentran sólo inanimados esqueletos y vagas indicaciones que nada enseñan y nada determinan.

El ejemplo dado por D. Alonso X de perpetuar en la historia los memorables hechos de la nacion, no fué seguido por sus inmediatos sucesores D. Sancho el Bravo y D. Fernando IV. Opusieronse por ventura á esta empresa literaria las desavenencias y revueltas de la tierra, y las guerras con tenaz porfía sustentadas contra los moros. Pero D. Alonso XI, favorecido por la victoria, y amigo de las letras, dispuso que se continuase hasta sus dias la Historia general del Rey Sábio, cuya difícil tarea fué desempeñada, segun algunos pretenden, por Fernan Sanchez de Tovar. Esta nueva Crónica comprende los tres reinados sucesivos de D. Alonso X, D. Sancho el Bravo y D. Fernando IV; y si su estilo es seco y descarnado, y tosca y desabrida la locucion, todavía en los sucesos importantes que refiere, se encuentra aquel sabor romancesco, aquel espíritu aventurero, aquella arrogancia caballeresca, que á pesar del autor mismo, comunican más de una vez á sus narraciones el gusto de los antiguos cantares.

Más pulida y ataviada la Crónica de D. Alonso XI, escrita por el Canciller Juan Nuñez de Villaizán, pero igualmente severa y mesurada, alguna vez emplea, sin embargo, los detalles y descripciones del romance. Véase sino la bella pintura de la juventud de D. Alonso XI, uno de los más preciados adornos de esta historia. Las de Pero Lopez de Ayala que á ella se siguieron, indican más saber y cultura: otra circunspeccion y conocimiento de los hombres y de las cosas. En sus fáciles y desembarazadas narraciones se muestra ya la lengua castellana con toda la espontaneidad y armonía necesarias á la entonacion histórica, así como aparecen tambien la inteligencia y destreza

con que el autor la maneja. Quizá carecía éste de la rica y lozana vivacidad de sus antecesores; quizá impasible y circunspecto pretendió ocultarla, atendiendo ménos al estilo pintoresco, que á la gravedad del historiador. Pero todavía con aquella sencillez genial que tanto le distingue, comunica el más tierno interés á cuanto refiere de la bella y desgraciada Blanca de Borbon: pasaje notable continuado en varios capítulos, que en mucho se asemeja por los candorosos detalles y la narracion apasionada, á los romances que sobre el mismo objeto se compusieron en el siglo XVI, trasunto tal vez de otros más antiguos.

Mas estas cualidades, en parte debidas á la rudeza de los tiempos, y en parte á la índole especial de los sucesos, campaban sobre todo más libremente, y fueron tambien más comunes en las crónicas anteriores al siglo XIV. Porque la poesía popular no sólo les ofreció las tradiciones y la nacionalidad que les daba su sancion, sino tambien el colorido del estilo; aquel entusiasmo candoroso é infantil, que acoge satisfecho la fábula y la historia; aquella poética credulidad, tan llena de atractivos y tan disculpable cuando admite hasta las glorias dudosas de la patria. ¿Y quién no creia en esa época de fe robusta y pura, de acontecimientos extraordinarios, que hacian probables hasta los imposibles, y de sinceridad y honradez caballeresca? Ninguno consideraba entónces como un romance las estupendas hazañas de Hércules; los asombrosos reinados de los Geriones; las proezas inauditas de los Doce Pares. Dábase entero crédito al encantado y fatídico palacio de Toledo, reconocido en mal hora por el Rey D. Rodrigo, y al hallazgo fatal de los misteriosos lienzos, que retrataban la imagen siniestra de los alárabes, dominadores algun dia de la Península Ibérica. Los amores de la Cava, y la odiosa y pérfida venganza del Conde D. Julian, aparecian nó como el fondo de un romance, sino como

la causa verdadera de la pérdida de España. Temeridad hubiera sido dudar de los minuciosos detalles del alzamiento de Pelayo y de los prodigios que acompañaron su victoria. General asentimiento merecieron las sugerencias traidoras de D. Opas, y la cruz fabricada por los ángeles, y los portentos de la batalla de Clavijo, y el canto profético del pescador que anunciaba, orillas del Guadalquivir, la sangrienta derrota de Almanzor.

Pero si estas y otras muchas narraciones romancescas, admitidas en las crónicas, y objeto de la poesía popular llevan consigo el sello de su origen, no son, sin embargo, creaciones inútiles para la historia. Siempre nos revelan cómo pensaban sus autores; cómo aparecían á sus ojos el sacerdote y el guerrero, el señor y el siervo, la ciudad y el campamento, el palacio y la cabaña, la sociedad entera de su época.

Costumbres, ideas, civilización, cuanto constituye el carácter de un pueblo, cuanto concurre á determinar su originalidad y darle una fisonomía propia, se encuentra en esas ficciones, hijas de sus creencias, nacidas de altas y arrojadas empresas, alimentadas en la prosperidad y la desgracia por el espíritu nacional y grandes y memorables recuerdos. En armonía con las tendencias y preocupaciones de la muchedumbre, la llevan á los combates en alas del patriotismo y de la gloria; la prosternan ante las aras del santuario donde deposita los trofeos de sus victorias; convierten el sentimiento religioso que la anima, en instrumento de todas sus acciones; le imponen como un deber amparar al débil, resistir á la injusticia del poderoso, santificar el heroísmo en la apoteosis de los hijos predilectos de la patria, consagrar una lealtad inviolable al trono de sus Reyes, erigir como un eterno comprobante de sus altos merecimientos, esas augustas y venerables basílicas, que hoy nos sorprenden con su majestad y su grandeza, y bajo cuyas silenciosas bóvedas se elevan cubiertas de emblemas, las tumbas de nuestros

padres, resuenan todavía los nombres de los Alfonsos y Fernandos, ondean entre nubes de incienso las banderas de San Quintín y de Pavía, y brillan al lado mismo del santuario los sangrientos aceros del Salado y de las Navas.

Hé aquí á la poesía ilustrando la historia con las inspiraciones que recibe de la sociedad misma, á cuyo brillo y esparcimiento se consagra. Así como las ruinas monumentales, realzada por los recuerdos y el prestigio de los siglos, si empieza por hacernos sentir, acaba por hacernos pensar; porque sus descripciones son pinturas; porque el amor de la patria que la anima, lleva consigo el raciocinio que analiza; porque la sensibilidad que la apasiona, vigoriza aquel instinto seguro que adivina el carácter de los individuos y de los pueblos; porque la ficción misma es un ejemplo, y el halago una enseñanza.

No se encontrarán en el canto del poeta ni la cronología, ni el orden de los sucesos, ni la precisión minuciosa de las narraciones: pero allí están siempre el espíritu de los tiempos; el genio que los juzga; las tintas que los realzan; la inspiración que los liberta del olvido. Por eso al examinar los preciosos restos de la Musa castellana, tal cual existía ántes del siglo XVI, podríamos decir como el orador romano cuando contemplaba las antiguas ruinas de la ciudad eterna: «Los vestigios de la historia nos rodean por todas partes.»

Es indudable: en las apreciaciones generales, la poesía, que observa y copia la naturaleza, y cuyas imágenes emanan siempre de una realidad, nos hace formar de muchas cosas ideas más exactas que la historia misma, y con su narración apasionada, con su animado colorido, con sus brillantes conceptos, nos revela secretos, que nunca hubiéramos descubierto por otros medios.

Si esta verdad pudo ser mal apreciada, ó de todo punto desconocida en tiempos de más erudición que filosofía, hoy con-

curre con otras muchas, ántes ignoradas, á determinar la fisonomía propia de las pasadas edades. La historia, que al sacarlas del olvido reúne con escrupulosa diligencia sus restos mutilados y dispersos por la mano del tiempo, no tiene ya por exclusivo objeto las sucesiones de los Reyes; las batallas y conquistas; los alzamientos y rebeliones de los señores de vasallos contra los tronos ó los pueblos; la creacion de las casas monásticas; los blasones y timbres de la heráldica; aquellos hechos brillantes, pero sin influencia en los destinos de un pueblo, que como los meteoros luminosos deslumbran un momento, sin dejar el rastro más leve de su existencia y su aparente importancia en el orden inmutable del universo. Más atenta á la verdadera grandeza de las cosas que á sus vanas apariencias, investiga también y desenvuelve y avalúa las causas de la elevacion ó decadencia de los pueblos; representa fielmente su civilizacion y sus costumbres; su carácter político, moral y religioso; las revoluciones que determinan su vocacion y su destino. Generaliza y clasifica; ve el conjunto; y de las relaciones y el enlace de sus partes componentes, deduce las condiciones necesarias de la existencia de la sociedad y del individuo.

Por eso la filosofía apoyada en las tradiciones, y sin desdeñar las memorias de nuestros mayores, contando con el auxilio de la erudicion que habia mirado con hastío, incrédula y presuntuosa en el siglo XVIII, busca y encuentra la historia, no sólo en las crónicas, las medallas y las lápidas, sino también en los monumentos de las artes, en los prodigios del romance, en la sencillez de los cantos populares, en la poesía nacional consagrada por la admiracion ó la gratitud pública á los héroes y sus empresas. ¿Cómo, pues, desechará en sus investigaciones los romances, que pintan siempre describiendo, que se hallan sostenidos por el genio de la edad media, que son como ella originales y variados, y tienen por objeto uno de los períodos

más grandiosos que puede ofrecernos la Monarquía española? Ningun otro pueblo se asemejaba entonces á la Península Ibérica: ninguno ofrecia el mismo interés y atractivo. Los elementos de civilizacion que abrigaba en su seno, le daban un carácter tanto más original y seductor, cuanto que el génio Oriental y el de Occidente concurrían de consuno á determinar sus rasgos esenciales. Razas diversas, contrastes de costumbres y de creencias, la gravedad del godo, la imaginacion del árabe, el espíritu civilizador y filantrópico de la Biblia, el sanguinario y fanático del Koran, formaban ese conjunto fantástico, que largo tiempo mal conocido y apreciado, se mostraba incompleto y falto de animacion en nuestras historias. El árabe, el rabino, el borgoñon, que habian concurrido á la conquista de Toledo y á las repoblaciones de Salamanca y Zamora, el fiero sucesor del godo con todos sus recuerdos y sus ritos, con sus costumbres y su civilizacion especial, ora adversarios y contrapuestos, ora relacionados y unidos por estrechos vínculos é intereses, habitantes de un mismo suelo, cambiando sus mutuos inventos y haciendo comunes sus ideas, se prestaban, sin pretenderlo, al desarrollo de una civilizacion original, como eran diversos sus elementos componentes; vigorosa y fecunda, como eran extraordinarias las pasiones que fomentaba, y grandes y trascendentales los sucesos que contribuían á formarla.

Alternaban entonces la galantería oriental con el pundonor y la firmeza de las razas del Norte: la apasionada fogosidad de los hijos del desierto, y su imaginacion y su ardiente fanatismo, con la ruda constancia y la bravura y el espíritu independiente y caballeresco de los sucesores de Recaredo; la quimérica idea de un Edén fantástico, con la verdad, las esperanzas y la resignacion del cristianismo; la voluptuosidad del harén con el ascetismo sombrío de los claustros monacales. Al lado del juglar de Castilla y del trovador de Aragon, entonaba sus versos

el rawi de las Andalucías. Un mismo suelo sustentaba la mezquita y la catedral gótica, la aljama de los Califas y el alcázar de los Reyes. Y mientras que el monje cristiano en breves y sencillos cronicones legaba á la posteridad los hechos memorables de su patria; alentado el sábio musulman por la generosidad de los Califas, consignaba en pomposas memorias, ó los graves sucesos de sus reinados, ó los dulces y tristes recuerdos del desierto.

Tales son las circunstancias, el movimiento intelectual, los gérmenes de civilizacion, que fecundando el génio de nuestros poetas, dieron á sus cantos hasta el siglo XVI, si no pulidez y brillo, por lo ménos el colorido y la verdad histórica. Fueron, pues, estas composiciones populares el trasunto de un original no bien estudiado y comprendido en el espacio de muchos siglos; donde si la composicion podia parecer ideal, los caractéres, los rasgos generales, los matices y el espíritu de la época, retrataban fielmente la sociedad y el hombre.

¡Lástima grande que el mismo desarrollo de la civilizacion y de la lengua, tan fecundo en abundantes y sazonados frutos literarios, sólo para esos rudos, pero inapreciables restos de la primitiva Musa castellana, hubiese de ser funesto! Porque cuando ganan la historia y la erudicion, y el impulso parte del trono mismo, y son poetas los Reyes y los grandes, se abandonan al vulgo no sólo la antigua estructura métrica del romance, sino tambien los sucesos históricos que le sirven de objeto, y el sentimiento de nacionalidad que le produjo. Ciertamente no se citará con alguna seguridad uno sólo de los romances populares anteriores al siglo XVI. Mas por fortuna los publicados en la segunda mitad del mismo, heredando su espíritu, conservan sin duda muchos de sus rasgos, y cuanto pueden permitir la tradicion oral y los recuerdos, y el instinto patriótico siempre apegado á los hábitos antiguos y celoso de perpetuarlos.

En todas estas bellísimas composiciones, se descubren profundos vestigios de otras más antiguas, y áun consiguió el arte con ingeniosas restauraciones conservar hasta su rudeza y desaliño. Por ventura existen algunas, cuya diferencia de las antiguas consiste sólo en un corto número de variantes.

Al lado de esas imitaciones, tendríamos hoy los originales, si los hombres ilustrados del siglo XV no los hubiesen despreciado, creyéndolos hartos vulgares y groseros, y á mucha distancia de su cultura. Conforme adquirían conocimientos, y su gusto se depuraba, pretendiendo ganar como eruditos lo que perdían como indiferentes á la poesía popular, abandonaron el romance histórico á las clases inferiores. Eran soldados y poetas; y en vez de cantar los altos hechos de su país y sus propias hazañas, prefirieron exhalar vanos suspiros, y encarecer la próspera ó adversa fortuna de sus frios amores. En daño suyo y de la historia, si no del arte mismo, siguieron ese nuevo camino por rumbo opuesto al antiguo, poco más ó ménos como los literatos del siglo XVIII, que lejos de imitar la rica poesía de sus predecesores, al olvidarla como desaliñada y ruda, cultivaron exclusivamente la extranjera, no de tanta valía en algunos de sus géneros, y extraña al gusto y las ideas de Castilla.

Así, pues, desde el reinado de D. Juan II las clases más altas y las más inferiores de la sociedad, reparten entre sí la rica herencia de la Musa castellana. Queda entónces para el vulgo la poesía popular inartificiosa y ruda, pero tradicional y patriótica: viene á ser el patrimonio de las gentes ilustradas la erudita y cortesana, con las misteriosas alegorías del Dante y los plañideros amores del Petrarca. La una es jóven y lozana en su decrepitud: la otra aparece débil y cansada en su misma infancia. Aquella continúa siendo la fiel depositaria de los hechos pasados; se alimenta con recuerdos de gloria, respira las auras nativas, reposa en la cuna de la lengua vulgar, y la aca-

ricia como su hermana gemela: esta otra, peregrina y palaciega, desvanecida con su cortesanía, extraña á la fiereza castellana, busca las relaciones de la provenzal, y se somete, cual siervo en grillos de oro, á los preceptos de la *gaya scienza*.

Pero una y otra poesía vienen en auxilio de la historia; porque si la antigua conservada en los romances viejos del siglo XVI, nos hace conocer los tiempos pasados, y su fe exaltada y ciega, y el sentimiento íntimo de las creencias que animaban á la multitud, tambien la otra nos da cumplida idea de la nueva cultura introducida en Castilla, del sesgo que tomaban las vocaciones particulares, de la cortesanía del palacio, y de la instruccion difundida entre las altas clases de la sociedad.

Estos recuerdos de una literatura que fenecia para desarrollarse otra peregrina y extraña, de los romances de Timoneda, Sepúlveda y sus imitadores, pasaron entónces al teatro nacional todavía sin carácter determinado, y falto de la gala y gentileza que alcanzó poco despues. Lope los acogió el primero, creando un drama original y brillante, delicado y lleno de atractivos, eminentemente español, y retrato fiel de las costumbres y de los sentimientos que hasta allí conservara la tradicion en las poesías populares. ¡Con qué vérdad aparecen en sus animadas escenas la noble y altiva fiereza castellana, el grandioso carácter de aquellos esforzados varones, que arrojando á los hijos de Ismael al otro lado del Estrecho, triunfan en Italia y en Lepanto, sorprenden la mansion de Brahma en las misteriosas regiones del Oriente, desafian los fantasmas y las tempestades que circundan el Cabo de Buena Esperanza, y se lanzan á un mar desconocido, y doblan los ámbitos del mundo para tremolar en todos el pendon de Castilla realzado con los laureles de ocho siglos! En esas escenas se encuentran tambien la dignidad y el sufrimiento en el infortunio; la grandeza y la moderacion en la prosperidad; las nobles costumbres de la familia, la sensibi-

lidad apasionada y el delicado orgullo de la matrona castellana que concilia la ternura del corazón con el sentimiento de su propio decoro; la lealtad y el pundonor del caballero que diviniza y rinde adoración á la hermosura; que convierte á su Rey en un semidios, y le sacrifica cuanto no sea su honra sin mancilla; que hace del amor una religión y un culto, y de la beldad un elemento de gloria y de heroísmo:

El genio elevado y fecundo de Calderon, y las imitaciones de sus discípulos, conservaron este mismo carácter al teatro durante el siglo XVII. Siempre costumbres y miras españolas; siempre la lealtad y el valor en los caballeros; la sensibilidad y el orgullo en las damas; siempre el patriotismo en las ideas, y el sentimiento de la dignidad nacional en todo. ¿Por qué se ha negado también este último asilo á la Musa de nuestros padres? ¿Por qué se ha pretendido que rompiendo con lo pasado renunciase á esos brillantes destellos de una nacionalidad vigorosa y enérgica, emprendedora y sublime, como fueron grandes los sacrificios para adquirirla? Al reparar este deplorable abandono, muy tarde conocido, no veamos sólo en los antiguos romances y dramas nacionales la fecundidad de la invención, los encantos del sentimiento y la armonía: considerémoslos también como fieles auxiliares de la historia; como un precioso depósito de documentos para ilustrarla. Que jamás resonarán las divinas armonías de la Musa castellana, sin que venga á darles nuevo precio el amor de la patria, y la grata memoria de los altos merecimientos de nuestros mayores.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE PIDAL.

SEÑORES: No se han cumplido todavía dos años desde que el Sr. Duque de Frias, cuya pérdida lamentamos, y cuya vacante en la Academia va hoy á ocupar el Sr. Caveda, en este mismo sitio, y con un motivo igual al que ahora nos reúne en esta solemnidad, tributaba las últimas alabanzas y consagraba un triste y doloroso recuerdo á uno de nuestros más antiguos y respetables compañeros. Sus elocuentes palabras resuenan todavía en nuestros oídos; y sin embargo, ya tenemos hoy que consagrar á su memoria el mismo sentimiento doloroso que nos supo inspirar á todos en aquella tan reciente ocasion. ¡Que así se cambian y se suceden los acontecimientos humanos! ¡Tan frágil y deleznable es nuestra existencia! Pocas palabras me bastarán para trazar su elogio. El Sr. Duque de Frias renovó en nuestros infelices tiempos la memoria y el ejemplo de sus ilustres progenitores; y el sucesor del Buen Conde de Haro, el ilustre estadista, el ameno orador y el eminente poeta, será siempre colocado entre los próceres que emprendieron con éxito y brillantez el camino que ha dado renombre inmortal á los Manueles, Ayalas, y Villenas, á los Perez de Guzman, Manriques y Santillanas.

Pero separemos, Señores, de nosotros la idea de la pérdida que lamentamos, y fijemos la atención en otra más consoladora, al ver ocupado el puesto vacante en nuestros escaños por el nuevo Académico, á quien acabais de escuchar, y á quien podríais juzgar y apreciar por el discurso que acaba de leeros, si otras obras suyas no os le hubiesen dado ya á conocer. Y si esta adquisición es un motivo de satisfacción para la Academia, ¿cuánto más no lo será para el que tiene el honor de dirigiros en este momento la palabra, al ver proclamado Académico y asociado á nuestras tareas al amigo de la infancia, al compañero de sus primeros estudios y trabajos literarios?

Vosotros le acabais de oír, Señores: con la misma erudición, con la misma crítica y filosofía con que ha examinado los monumentos de nuestra arquitectura nacional patentizando su enlace con el espíritu general de la época á que pertenecen, y con el sucesivo desarrollo y progreso del entendimiento humano, con las mismas considera ahora los monumentos poéticos en general, y en especial los de nuestra literatura, mirándolos como elementos de la historia, como uno de los datos más necesarios para su perfecta inteligencia y estudio.

Y no nos admiremos, Señores, de que artes tan diferentes estén animadas de un mismo espíritu, y concurren á un mismo fin, al fin importante de ilustrar la historia del tiempo á que corresponden: todos los ramos del saber se auxilian y favorecen mutuamente; y respecto de las artes liberales, ya observó Cicerón en su bellísima defensa del poeta Archias que tenían todas entre sí íntimas relaciones y un estrecho enlace y parentesco: *Omnes artes, quæ ad humanitatem pertinent, habent quoddam commune vinculum et quasi cognatione quadam inter se continentur.*

La poesía y la historia: ¿Cuántas veces no se las ha presentado ocupando los puntos extremos en la escala del más

opuesto antagonismo? ¿Cuántas veces no se ha considerado á la poesía como la enemiga irreconciliable de la historia, como la pervertidora de los hechos ciertos, como la inventora y propagadora de los supuestos y falsos, que han oscurecido y alterado la certidumbre histórica? La poesía, segun esta opinion, es la fábula; la historia, la verdad: ¿cómo puede la primera ser un elemento de la segunda?

Hé aquí, Señores, la primera reflexion que ocurre al fijar la atencion sobre la tésis del Sr. Caveda, y sin embargo, yo no vacilo en afirmar que en la amplitud que se ha dado en este siglo á los estudios históricos, es no sólo imposible prescindir de los monumentos de la literatura contemporánea, y señaladamente de los de la poesía, sino dejar de considerarlos como una de las fuentes históricas más necesarias é indispensable para el perfecto y exacto conocimiento de los hechos y de los hombres, para comprender en todas sus fases y vicisitudes la vida de la humanidad, y para elevar la historia al grado de importancia á que está llamada, y á que se va ya acercando á pasos agigantados. De aquí proviene, Señores, ese afan con que se buscan, se imprimen, se ilustran y se comentan los poemas de la Edad media, las ficciones, tan despreciadas poco há, de la andante caballería, y los cantos, leyendas y narraciones populares. Sin conocer la índole y carácter de estas producciones; sin examinar el espíritu que las dictaba, los sentimientos y afectos que las animaban y daban vida, aceptación y aplauso, es imposible conocer la índole de la sociedad y del siglo á que pertenecen; es imposible comprender á la Edad media, tan digna de ser estudiada y comprendida.

Porque con dos objetos principalmente se puede emprender el estudio de las obras literarias de un país ó de una época determinada: ó para buscar y señalar entre ellas aquellas grandes y elevadas producciones, que por la perfeccion á que se han

levantado, halagan y recrean nuestra imaginacion, dulcifican y moderan nuestras pasiones, elevan y engrandecen el alma, y agitan y conmueven los afectos adormecidos en el fondo del corazon humano; ó para conocer por su medio la índole del pueblo y del siglo á que pertenecen, é indagar y descubrir los principios, las máximas y los sentimientos que en ellos dominaban ó prevalecian. El primero de estos dos estudios es el estudio del literato; el segundo, el del historiador y el del filósofo. El uno sólo busca bellezas artísticas absolutas, y el otro indicaciones y datos para la historia especial de un pueblo, ó para el conocimiento general de la del género humano. Bajo este último punto de vista, que no dudo en calificar del más trascendental, ¿quién negará que los monumentos de la poesía adquieren una grande y merecida importancia, que explica y aclara el ánsia y el afan con que hoy se buscan, se ilustran y se comentan?

La poesía, Señores, cuando no se la prostituye y envilece, es siempre la expresion de los sentimientos elevados de cada época; es la parte más alta, noble y armoniosa del pensamiento humano; es como la quinta esencia y el perfume de los demas conocimientos; la poesía es, por lo mismo, considerada como elemento histórico, un monumento insigne del desarrollo intelectual de cada época, del progreso en la perfeccion de las formas, de la extension y alcance de las lenguas, y del estado y del desenvolvimiento de las artes y las ciencias: datos importantísimos, sin los cuales queda siempre manca é incompleta la historia de cualquier pueblo. Porque, ¿cómo nos lisonjearemos de comprender los hechos, que constituyen la vida histórica de un país en una época dada, si no sabemos el grado á que habia llegado en ella el desarrollo intelectual; si con esta guia en la mano, no examinamos sus opiniones, no juzgamos sus principios, y no apreciamos los móviles de sus acciones y empresas?

Pero no es solamente la poesía un monumento del desarrollo intelectual de los pueblos: eslo tambien y en más extensa escala, de su estado moral y social: aspecto importantísimo, de que quizás no se ha sacado aún todo el partido que se debiera. La poesía, aún en sus cuadros los más separados de la verdad histórica y tradicional, en los que más exclusivamente pertenecen á la invencion poética, ¿cuántos pormenores, cuántos accidentes, cuántas circunstancias importantísimas de los tiempos pasados no nos revela y manifiesta, que en vano se buscarian en la historia, aún en las épocas en que se ha escrito con más extension y esplendidez?

Ni Herodoto, ni Tucídides, ni Xenofonte, ni otro ninguno de los insignes historiadores griegos, nos dan á conocer la Grecia primitiva tan bien como Homero en sus inmortales poemas. Allí es donde comprendemos desde luego la singular estructura política y social de la Grecia; la reducida autoridad de sus Reyes ó caudillos; la índole de su religion y de sus costumbres; el sesgo de sus pasiones; el gusto y la naturaleza de sus tradiciones, y los elementos, en fin, de la sociedad griega, cual necesitamos comprenderla para poder conocer y apreciar el instrumento de que se valió la Providencia para llevar á una altura desconocida el saber, las ciencias, las artes, la cultura en fin, que ha venido á ser la cultura del mundo civilizado. Porque allí nació, Señores, esta brillante civilizacion, que llevada más adelante por los griegos en sus colonias á las costas de España y de las Galias, y trasmitida al Lacio, fué esparcida despues por toda Europa, que á su vez la ha devuelto al mundo entero, llevándola á las regiones más remotas en las conquistas, viajes y descubrimientos de nuestros padres, y de los que despues han seguido sus huellas. ¿Quién, Señores, no se extasia al contemplar las artes, las ciencias, el gusto y la cultura de aquel pueblo privilegiado? ¿Quién no desea internarse en sus interiorida-

des, y sorprender allí las ocultas y misteriosas causas de su exquisita organizacion, de la índole y naturaleza de su saber, de su elevada percepcion de la belleza ideal y de su alcance en las ciencias morales y políticas? Pues no dudo en reiterar mi asercion: jamás se llegará al completo conocimiento de la Grecia, sin tomar como una de las principales guias á los inmortales poemas de Homero.

Seguid á Ulises, por ejemplo, en sus viajes y aventuras; y cuando el poeta nos le pinta lidiando con las olas en sus pequeñas naves, hallaremos descritos los escasos medios de navegacion que entónces conocia la Grecia; y cuando nos le muestra peleando con sus enemigos, unas veces con la fuerza, otras con la astucia, nos patentizará lo que era un guerrero griego, y el modo y forma con que entónces se hacia y se sostenia la guerra. En las aventuras que le suceden en los diversos reinos y países á que arriba, hallareis indicaciones preciosas para conocer el estado moral y social de los pueblos con quienes estaba en relaciones la Grecia; y cuando, por fin, llega á su propia casa, ocupada por los pretendientes de la desamparada Penélope, hallaremos el cuadro más completo y acabado de las costumbres interiores y domésticas de las grandes familias de la Grecia; cuadro que en vano buscaríamos en ninguno de sus muchos y grandes historiadores.

Y no temais que el poeta pinte cuadros fantásticos y engañosos, que no estén en consonancia con la realidad, que no correspondan más que á las concepciones de su imaginacion, y que no reproduzcan fielmente lo que se propone describir, ó nos describe sin proponerse siquiera hacerlo. No, Señores; en general los poetas, y sobre todo los poetas narrativos, describen, áun sin querer, lo que tienen ante sus ojos, lo que ven diariamente, las escenas, las pasiones, los afectos y hasta los vicios y los crímenes, que han afectado más eficazmente su ima-

ginacion, y han fecundizado su vena poética. Sólo de este modo se pinta bien; sólo de este modo se logra cautivar la atencion y el interés de los contemporáneos; sólo de este modo se escriben poemas nacionales, y jamás ningunos lo han sido tanto como los de Homero.

Pero si para patentizar aún más la tésis que sostenemos, pasamos, con el Sr. Caveda, de la Grecia á nuestra patria, bien podemos asegurar que jamás comprenderemos la historia y la vida pasada del pueblo español, señaladamente en ciertos períodos, y no en verdad los ménos interesantes, sin conocer y estudiar sus primitivos monumentos poéticos.

La poesía popular, Señores, fué entre nosotros el primer destello de la nacionalidad castellana, que se iba lenta y progresivamente formando sobre las ruinas de la nacionalidad romana y de la nacionalidad germánica ó goda, violentamente entremezeladas y unidas en nuestro suelo durante muchos siglos. De la mezcla de estos primitivos elementos, unidos también á la parte del espíritu oriental que tomamos de nuestro trato y vecindad con los árabes, y de la fuerza y expansion que el principio religioso debió necesariamente adquirir en las luchas que tuvo que sostener, ya con el Godo arriano, ya con el Árabe mahometano, nació, Señores, el espíritu castellano, la índole y carácter especial de este célebre pueblo, que tan grande y profunda huella ha dejado en los anales de la humanidad y de sus destinos. El habla nueva, que no era latina, ni goda, ni árabe, sino castellana, fué la primera y más importante revelacion exterior de este nuevo espíritu y de esta nueva nacionalidad; y el juglar ó cantor popular, el primero que valiéndose de ella presentó al pueblo en sus cantos, fablas y romances, ideas, hechos y caracteres en consonancia con su modo de ver y de sentir, con lo que diariamente admiraba ó aborrecia, con lo que excitaba á todas horas ó sus vituperios ó sus alabanzas.

Miéntras las clases elevadas de la sociedad; miéntras los sábios y letrados de aquellos tiempos; miéntras los ministros de la religion y los gobiernos pugnaban por conservar los restos de la antigua nacionalidad romana, que desfallecia y moria lentamente, y hablaban y escribian y componian versos en latin, el poeta popular se dirigia abiertamente á la gran masa del pueblo, y en cantos rudos y no aprendidos le contaba las hazañas de sus héroes y guerreros favoritos, le referia y presentaba bajo una forma agradable las tradiciones y cuentos populares, y en una lengua que comprendia y hablaba, le ponía de manifiesto cuadros en que estaban en juego y en accion los sentimientos, los afectos, las pasiones verdaderamente populares; los que eran capaces de conmoverle, de agitarle y de arrastrarle á grandes hechos y empresas. Nada pudo resistir al torrente del nuevo espíritu, de la nueva nacionalidad, de la nueva habla que los representaba; y despues de una larga y prolongada resistencia, la nueva lengua triunfó completamente, invadió los palacios de los grandes y los Reyes, se impuso como una necesidad á los mismos gobiernos, y llegó á hacerse la lengua oficial, la lengua de la autoridad, de la ciencia y del saber.

Pero en esta lucha el caudillo principal, el que aparece al frente de la nacionalidad vencedora, es el cantor y el poeta popular; y de esto tenemos una insigne é irrefragable prueba. Los monumentos más antiguos de la lengua castellana son sin contradiccion los cantos de estos poetas: el Poema del Cid, la Crónica rimada del Cid, los versos de Berceo y los de otros poetas conocidamente anteriores á él.

Durante el tiempo de esta lucha, la historia nacional no existia sino bajo dos formas, muy distintas y diversas entre sí; como que representaban los dos opuestos elementos que pugnaban en la sociedad. La historia se escribia en lo que generalmente llamamos *crónicas*: relacion diminuta y descarnada de

los hechos, destinada más bien á conservar la cronología de los sucesos, que á dar á conocer su índole y su importancia, ó se consignaba en los cantos y romances populares, tan célebres y nombrados en nuestras primeras crónicas vulgares, formadas sobre ellos con el nombre de *Cantares de Gesta*. En estos cantares, como su mismo nombre lo indica, se referian los hechos y sucesos públicos que más habian afectado la imaginacion de los pueblos, las hazañas, proezas y aventuras de los guerreros más favorecidos del aura popular.

En los cronicones hallareis, Señores, quizá la verdad del dia en que se dió una gran batalla, en que falleció un Rey ó un siervo de Dios, pero en vano buscareis en ellos el menor rasgo, la menor expresion que os indique la índole del suceso, que consigne el espíritu que animaba á los que á él concurrieron, ni nada, en fin, de lo que se busca y se debe buscar en la historia. Pues bien; si prescindimos de los Cantares de Gesta, y de las crónicas que despues se formaron sobre ellos, á estos descarnados é indigestos cronicones está casi reducida nuestra historia desde principios del siglo VIII hasta el XIII; es decir, de uno de los períodos más importantes de nuestra historia nacional.

Leed la historia de aquellos siglos de tinieblas en que, sin embargo, tomó cuerpo, fuerza y expansion la monarquía; y desechando lo que, segun algunos de nuestros críticos, son consejas y cuentos populares inventados y divulgados por juglares y romancistas, la hallareis árida, fria y descarnada, é incapaz de daros la menor idea del espíritu de la sociedad contemporánea, de los móviles que la hacian obrar, de los sentimientos y pasiones que la conmovian, de los elementos, en fin, que se desarrollaban y se combatian en ella. La hallareis des poblada de casi todos los héroes de nuestras tradiciones populares, y de muchos de los grandes hechos que ocuparon des-

pues un lugar preeminente en las obras de nuestros más insignes escritores.

Por el contrario, admitid como un elemento histórico los antiguos monumentos poéticos de nuestra lengua y literatura; considerad bien en ellos, no sólo la exactitud material de los hechos, á la verdad frecuentemente alterada (aunque no en tanto grado como se ha creído, segun nos lo demuestran diariamente las investigaciones históricas y el estudio comparado de los monumentos árabes), sino el conjunto, el espíritu que de ellos se deduce y desprende, y en estos primeros acentos de la Musa castellana, y sólo en ellos, Señores, hallareis descritos con admirable verdad y sencillez la índole y el carácter de los diversos períodos de la vida de Castilla, los principios en que se fundaba su nacionalidad fuerte y robusta, su profunda religiosidad, su fidelidad á los Reyes, su elevado amor á las libertades públicas, como entónces se comprendian, su independencia, su orgullo tambien y su altanería, y todos los rasgos, en fin, más característicos del pueblo castellano; del pueblo que tanto nos interesa conocer, del pueblo que tan gran papel ha representado en los fastos de la humanidad; y en cuyos hechos, historia, tradiciones y literatura se está hoy sin cesar ocupando el exámen de los sábios de uno y otro hemisferio. Porque importa, Señores, al conocimiento de la historia del género humano conocer al pueblo que durante ochocientos años de combates dió al mundo el singular y sorprendente espectáculo de una lucha entre el espíritu Oriental y el Occidental; al que en Lepanto acabó para siempre con el peligro de que la Europa fuese invadida por las razas del Cáucaso; al que con el ardor de su fe y el esfuerzo de sus armas puso límite y coto á las sectas que desgarraban la magnífica unidad de la Iglesia Católica, en la siempre deplorable escision religiosa del siglo XVI; al que influyó con sus armas y su literatura en la Europa en-

tera durante un largo período, y al que reveló, en fin, al mundo atónito y admirado la existencia de un nuevo hemisferio, y llevó á él la civilización Occidental, su religión, su idioma, sus leyes y su espíritu, dominando y civilizando aquellas razas incultas y salvajes, y levantando en medio de ellas ese fabuloso número de pueblos y grandes ciudades, que forman hoy una multitud de extensos y opulentos estados.

Nuestra historia, Señores, y nuestras tradiciones viven aún y palpitan en estos cantos, poemas y romances populares, y bien podemos afirmar que, sin la poesía, no sabríamos tal vez ni la existencia de muchos de nuestros más famosos héroes; de aquellos que con sus hazañas y grandes empresas, más ó ménos ajustadas á la verdad y realidad de los hechos, ponen más de bulto el espíritu y la índole del pueblo castellano.

Sin la poesía no existirían para nosotros y para nuestra enseñanza y estudio, ni Bernardo del Cárpio, personificación gigantesca del sentimiento popular de libertad y de independencia que animaba á nuestros abuelos, y de un amor filial, que sin el testimonio de esta tradición, no creeríamos propio de aquella ruda y violenta época; ni los Infantes de Lara, con su tiernísima historia, en que tan al vivo se nos representan la altanería de las ricas fembras de Castilla, los odios y venganzas de las grandes familias, y la anarquía social que en todas partes dominaba; ni Bellido Dolfos, sobre cuya cabeza aglomeró el pueblo castellano toda la execración que profesaba á los traidores á su Rey; ni los grandes caracteres de Diego Ordoñez y de Arias Gonzalo; y acaso, Señores, ni el Cid, ni Fernán-González. Y no porque yo dude de la existencia real y efectiva de estos personajes ó de la mayor parte de ellos, sino porque son tan escasas, son tan diminutas é insignificantes las noticias que acerca de sus hechos nos dan los cronicones, que tal vez muchos de ellos no hubieran llamado la atención de la posteridad,

si la poesía no se hubiera encargado de realzar sus hazañas, de conservar su memoria, y de poner á la crítica histórica en el camino de las indagaciones posteriores, que tanta luz han deramado despues sobre la misma certidumbre material de los hechos de estos guerreros.

¿No hemos visto, Señores, en el siglo pasado á uno de nuestros críticos negar hasta la existencia del mismo Rodrigo de Vivar? ¿Y cuál era el fundamento de esta supresion, que trastornaba á la vez la historia, la tradicion y la literatura? Lo poco ó nada que acerca de este tan celebrado caudillo decian los crónicones contemporáneos. Y sin embargo, Señores, no solamente son ciertos la existencia y hechos principales de aquel guerrero, que la poesía popular conservó á la posteridad en toda su grandeza, sino que recientes y eruditas investigaciones van poniendo en claro los fundamentos tradicionales de muchas de las hazañas que siempre se tuvieron por fingidas, y van demostrando que hasta en ellas suele haber un fondo de verdad material, digno del mayor interés y estudio.

Y si bien lo observamos, Señores, la causa de esta mezcla constante de la poesía y de la historia en un gran período de nuestros anales, es tan natural como sencilla. Pocos pueblos tienen una historia, aunque hablemos de la escrita por nuestros más acreditados historiadores, que se preste más á los encantos y á las narraciones propias de la poesía. Entre nosotros la ficcion poética y la realidad histórica son tan parecidas, que nuestros vates, con sólo narrar sencillamente los hechos históricos recibidos, hubieran podido componer, y compusieron de hecho, admirables epopeyas. ¿Qué falta, por ejemplo, á la historia de la caída del imperio Godo y á la restauracion de la monarquía en las montañas de Astúrias, tales como la historia misma nos las refiere, para reunir todos los requisitos de una creacion poética?

La gran catástrofe del imperio Godo, sucumbiendo en una

sola batalla en que su Rey desapareció de un modo misterioso la invasión de los sarracenos con sus costumbres, hábitos y religion tan diversos de los españoles; el alzamiento, en medio de las asperezas de los montes de Covadonga, de un trono cuyo poder habia de ir lentamente creciendo á la sombra de la cruz hasta derramarse fuera de España, y llegar á los más remotos confines de la tierra, son ya sucesos de por sí grandes, sorprendentes y eminentemente poéticos. Pero si á ellos se agregan las circunstancias maravillosas y extraordinarias con que la misma historia nos los refiere, aún faltará ménos á esta narracion para asemejarse á la más bien combinada epopeya. Segun nuestras historias, los moros no invadieron nuestra patria por los motivos ordinarios de la conquista. Una venganza personal, nacida de la afrenta hecha á una dama, fué el agente poderoso de aquel gran suceso y el móvil que agita en tan diversos sentidos á Rodrigo, á la Cava, á D. Julian y á D. Opas, y á todos los demas personajes eminentemente poéticos que en esta historia figuran. Vienen despues los amores del árabe Munuza con la hermosa hija de los godos, con la bella hermana de Pelayo, Hormesinda. Preséntase en seguida la gran figura del mismo Pelayo, que al alzarse en los montes, venga á la vez su propia injuria, la de su patria y la del cielo. Tras esto viene la milagrosa batalla de Covadonga, en que el mismo cielo, por medio de prodigios, se declara en favor de los cristianos, y en que se da principio á la gran lucha de ochocientos años, y á las victorias que acrecentaron y extendieron por todo el globo el poderoso imperio Español. ¿Qué falta, repito, Señores, á esta narracion tomada literalmente de la historia, tal como la escriben nuestros cronistas, para ser una magnífica narracion poética? ¿Qué faltará tampoco á la milagrosa batalla de las Navas, en que reunida en formidable alianza la morisma de uno y otro lado del Estrecho, es, sin embargo, derrotada y deshecha por un

puñado de cristianos, á quienes guia por desconocidas sendas un pastor misterioso, á quienes conduce al combate el célebre Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, llevando delante de sí la cruz del Señor, que (segun el mismo prelado nos refiere) pasa milagrosamente por medio de las huestes agarenas? ¿Qué falta, para interesar como una narracion poética, á la historia de la guerra fratricida de los hijos de D. Sancho el Mayor, de D. Fernando el I y de D. Alonso el XI? ¿Qué falta al sitio y conquista de Toledo, al tributo y rescate de las cien doncellas, y al célebre y popular cerco de Zamora?—Con sólo contar en su lenguaje especial estos hechos, como la historia entónces los contaba y referia, debia la poesía interesar vivamente á los pueblos; debia conservar en ellos viva y fresca la memoria de los sucesos pasados; debia ser un depósito de interesantes tradiciones y de pormenores y rasgos inapreciables para el perfecto conocimiento de la vida moral y social de nuestros antepasados.

Por eso nuestros cantares, fablas y romances son un elemento directo de historia y de tradicion; por eso los que despues escribieron las crónicas tan celebradas en nuestra historia literaria, se aprovecharon de sus narraciones y razonamientos, y de sus grandes y elevados caracteres; por eso el Rey Sábio cita frecuentemente la autoridad de los cantares en su famosa Crónica general, mirándolos como monumentos insignes de tradicion, áun cuando rechaza sus aseveraciones; y por eso, en fin, la Crónica del Cid y algunas otras de aquella remota época, conservan grandes muestras de haber sido formadas en muchas de sus partes sin más artificio que reducir á prosa, añadiendo ó quitando algunas palabras, aquellos romances y cantares. Su mismo nombre de cantares de *gesta* está indicando ya su importancia en la historia, aunque no constase, como consta en las leyes de Castilla y de Aragon, que era la lectura histórica, ordinaria y casi oficial de los Príncipes y de los Reyes.

El Sr. Caveda, para demostrar aún más la verdad y exactitud de su tesis, cita con grande acierto los poemas y romances acerca del Cid Campeador. Pocos monumentos poéticos efectivamente pueden demostrar mejor las relaciones y alianzas de la poesía y de la historia, aunque prescindamos de la verdad material de los hechos en ellos consignados. El Cid es el Aquiles de nuestra patria: su historia nuestra *Ilíada*, nuestra epopeya por excelencia. Esta epopeya, como todas las verdaderas epopeyas, no es la creación del poeta ni aún del historiador; es la creación del pueblo, del espíritu nacional. El poeta en estos casos no hace más que dar á la creación popular regularidad y formas, y sacar su poema de los informes materiales de la epopeya popular, como el escultor extrae la estatua del mármol ó del bronce entregados á su inspiración y á su arte.

Seguramente, Señores, existió en Castilla un guerrero ilustre, que descolló sobre todos los demas de su tiempo, y llegó á alzarse á la altura de los Reyes; seguramente este guerrero emprendió grandes hazañas, llevó á cabo dificultosas empresas, acaudilló con fortuna á nuestros soldados, obtuvo sobre los moros señaladas victorias, y afectó profundamente la imaginación de sus contemporáneos; pero seguramente también este Cid histórico es muy diferente del Cid poético, del Cid de los Cantares, del Cid del Poema, de la Crónica rimada y del Romancero. Sobre los hechos verdaderos de aquel personaje tan célebre y afamado, aglomeraron sucesivamente la admiración y el afecto popular todos los que les parecieron á propósito para la gran apoteosis de su favorito; le dotaron de todas las cualidades que entónces se admiraban y aplaudían, le atribuyeron todas las hazañas que creyeron propias á engrandecerle y sublimarle, y los juglares, los trovadores y demas cantores populares las fueron consignando en sus narraciones, cantares y poemas. «Cónocese notoriamente (decía el juicioso Zurita) que el vulgo fué

*

siempre añadiendo á sus hechos muy señalados, cosas que fuesen de admiracion en sus cantares.» Pues bien; en esta diferencia entre el Cid real y efectivo y el Cid poético, y en ella precisamente, consiste una gran parte de la importancia histórica del personaje poético del Cid. El Cid no es ya un capitán, un guerrero particular; es el tipo, el modelo ideal de los guerreros de aquella época; es el caballero perfecto y sin tacha, como aquella edad le concebía. No es un individuo, es una personificación: y como el autor y creador de esta personificación es todo un pueblo, ya se concibe cuánta importancia, trascendencia é interés debe tener su conocimiento y su estudio. En la obra, en la creación del pueblo hallamos retratado á su autor, le sorprendemos, le oímos hablar y discurrir, le vemos obrar, gobernar y combatir, y nos patentiza los afectos más ocultos de su alma.

Consideremos ahora, y bajo este importante supuesto, al Cid cual nos le presenta la poesía, por ejemplo, en su antiguo y venerable Poema; en ese insigne monumento de nuestra lengua, de nuestras costumbres y de nuestra nacionalidad. ¡Qué imagen tan bella, tan noble y tan respetable la de Rodrigo de Vivar! ¡Qué grandeza y sencillez en sus acciones; qué esfuerzo y valentía en sus empresas; qué generosidad y moderación con sus enemigos; qué fidelidad tan acendrada á su Rey; qué amor á la religión de sus mayores; qué caballerosidad, en fin, en cuanto dice y en cuanto hace! Vedle en las famosas Cortes de Toledo, donde se presenta con sus parciales á pedir justicia contra sus indignos yernos; los Infantes de Carrion; vedle en el seno de su patriarcal y respetable familia, cuadro inapreciable de costumbres domésticas; vedle gobernando á los moros de la conquistada Valencia, ó dando generosamente libertad al Conde de Barcelona; vedle ofreciendo al Rey Alfonso, que le había echado del reino injustamente, los trofeos de sus victorias y

conquistas, y vedle, en fin, postrado ante los altares de su iglesia de San Pedro de Cardaña; y en todas estas situaciones vereis resaltar una de las figuras más nobles y elevadas que se han presentado jamás á la admiracion y al ejemplo de la humanidad en las obras de la historia y de la poesía.

¿Cuál, Señores, no debia ser el desarrollo moral y social del pueblo español, cuando así se creaba y se trazaba sus modelos; cuando tanta nobleza y dignidad atesoraba en la creacion de su guerrero favorito?... ¿Y cuánto no hay que observar, cuánto no hay que aprender en la alta idea de la perfeccion moral á que se habia elevado el pueblo castellano, en la formacion ó en la aceptacion del gran carácter de Rodrigo de Vivar? ¿Cuánto no hay que estudiar en el progresivo desarrollo de este gran carácter, en los pormenores de sus tan variadas situaciones, y en las multiplicadas gradaciones, en fin, de sus afectos, sentimientos y pasiones?

Sólo una accion hay en toda la historia del Cid, cual se nos presenta en su celebrado poema, que la moral actual rechaza y condena: el préstamo hecho á los judíos Rachel y Vidas sobre los dos célebres arcones de arena, que se supuso encerraban joyas preciosas; hecho que quizás no pudieron suprimir los cantores populares del Cid por su demasiada certeza y celebridad, comprobadas aún hoy en la conservacion de los mismos arcones que se muestran todavía en Búrgos y en Cardaña. Pero si no pudieron suprimir esta accion de la vida del guerrero castellano; ni el haber cumplido el Cid religiosamente el empeño contraido sobre aquella engañosa fianza; ni lo comun de estos hechos en medio de las violencias y astucias feudales; ni el haber sido objeto del engaño una raza aborrecida y vejada en aquellos tiempos á cada momento, fueron razones bastantes para que semejante accion no fuese condenada unánimemente en el Poema, en la Crónica y en el Romancero; en todas nuestras tradiciones, en

fin. ¡Rasgo notable y digno de ser observado por los que deseen comprender á fondo el carácter moral de la nacion castellana en aquella remota época! El Cid mismo, al ordenar aquel hecho censurable, le condena y reprueba; pero se disculpa con su extremada necesidad, con la imposibilidad en que está de obrar de otra manera, y pone de ello por testigo al cielo:

Véalo el Criador con todos los sos sanctos;
Yo mas non puedo, é amidos lo fago.

En el Romancero aún es más notable la enmienda del yerro: el Cid, al mandar satisfacer á los judíos el débito contraído, les ruega que le perdonen por la extremada cuita y necesidad en que se hallaba; y añade despues en un notable arranque de elevacion y noble orgullo, que en la arena de los cofres habia quedado oculta para seguridad del empeño una cosa de más precio y valor que el mismo oro; habia quedado su palabra de caballero, su verdad:

Que aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ellos
El oro de mi verdad.

Está, pues, demostrado que el Poema del Cid, que hemos elegido como ejemplo para probar nuestra asercion, es un monumento de la mayor importancia para estudiar y comprender, además de otras muchas cosas de no menor interés, el estado del desarrollo moral y social del pueblo castellano en los tiempos y en la época de aquel guerrero. Y el Sr. Caveda tiene cumplidamente razon: los monumentos poéticos son un grande elemento de la historia.